

## Vitalidad del debate Montaigne-Descartes

*Perspectivas de la modernidad.  
Siglos XVI, XVII y XVIII*

JEAN PAUL MARGOT Y  
MAURICIO ZULUAGA (Editores)  
Universidad del Valle, Cali, 2011,  
316 págs.

FALLECIDOS LOS gurús franceses de la posmodernidad (Foucault, Lyotard, Baudrillard, Deleuze), el debate filosófico requería oxígeno. Siguiendo el verso de Borges (“los astros y los hombres vuelven cíclicamente”), era necesario establecer un nuevo tópico central de discusión en un ámbito mundial afectado por los particularismos, en especial por el brusco peso que ha adquirido la presencia de la religión musulmana, esencialmente en su versión más radical, el yihadismo, y que ha tenido su visibilidad mediática más brutal en los atentados contra las Torres Gemelas en 2001 y contra el semanario satírico *Charlie Hebdo* en 2015.

La idea de que la occidentalización –es decir, la influencia de la cultura estadounidense y eurocentrista– había llegado a todos los lugares del globo y era aceptada como un modo de vida obvio ha quedado entre paréntesis, pues diversos países sobre todo del ámbito árabe, que no habían vivido los cambios que introdujo la Ilustración europea en el siglo XVIII, entraron en colapso cuando se empezaron a avizorar signos de cambio: la superación de las teocracias políticas y la entrada en un franco periodo de laicización. La llamada “primavera árabe” que tuvo su origen al comenzar la segunda década del siglo XXI en Túnez, Argelia y Egipto, luego fue brutalmente reprimida sobre todo en Siria, que junto a Irak se ha convertido en punto de encuentro de los radicalismos antiilustrados en el Oriente Medio.

Ese rabiosa actitud de resistencia medieval, patrocinada por un conjunto de imanes enriquecidos por el petróleo y unidos en el odio a la cultura basada en valores europeos, ha vuelto a poner en el centro de la discusión la importancia de lo que entendemos por Modernidad. Asistiremos entonces a una resurrección, entre otros, de Hegel, pues –como lo ha recordado

Rubén Jaramillo Vélez en un libro brillante<sup>1</sup>– es al titán de la filosofía objetiva alemana a quien se debe la definición de Modernidad como un estado obligatorio en el desarrollo de la humanidad. En este estado, la razón se cuestiona a sí misma, esto es, se materializa la subjetividad como el principio de toda acción humana en contra del *dictatum* ontológico-religioso que imponía la Iglesia católica. Dice Jaramillo Vélez:

Hegel descubre la subjetividad como principio de la época moderna, y, a partir de ese principio, explica por una parte la superioridad, o lo que él entiende como la superioridad del mundo moderno. Pero también la propensión a la crisis: “ese mundo hace experiencia de sí mismo como mundo del progreso y a la vez del espíritu extrañado”<sup>2</sup>.

Por eso adquiere tanta vigencia el volumen que reseñaremos, *Perspectivas de la modernidad. Siglos XVI, XVII y XVIII* –como se nos cuenta en la Presentación, el libro es el resultado de un simposio que se realizó a mediados de 2008 en Cali, con el patrocinio de las Universidades del Valle, Javeriana y Autónoma de Occidente. Se recogen 17 ponencias. Nos centraremos en las que se refieren al debate Montaigne-Descartes–, ya que aporta un conjunto de ideas para volver al centro de un debate que se daba por cancelado: ¿de qué hablamos cuando hablamos de Modernidad?

Es con el Renacimiento, la Reforma luterana y la Revolución Francesa que se consolida la Modernidad, y si somos en Occidente lo que somos, es gracias a estas revoluciones culturales, políticas y religiosas que instauraron una forma de ver la vida, la naturaleza, el desarrollo de las ciencias y un modo de hacer cotidiano en donde el estudio, el trabajo y el ocio ocupan el grueso de las horas. Ninguna de las actividades que soportan nuestro diario vivir pueden desconocer ese pasado que nos configuró y que con sus crisis –como dice Hegel– aún constituye la ruta en la que nos basamos para hallar

significado a lo que hacemos. Parece claro que ya no volveremos a vivir en estado de naturaleza en las cuevas, ni perseguiremos animales para saciar el cuerpo hambriento, ni mataremos a un ser humano porque esté a favor o en contra de un dios.

Dos ideólogos –*intelectuales*, en el sentido contemporáneo del término– que ordenaron ese corpus de ideas que sustenta el modo de vivir moderno y que inauguraron el horizonte de posibilidad del que somos deudores fueron los franceses Michèle de Montaigne (1533-1592) y René Descartes (1596-1650). Existiría así, pues, un modo Montaigne y un modo Descartes de entender la Modernidad, dos líneas en que se inscribirían las visiones de mundo: Kant, Hegel y Marx seguirían la línea Descartes y Nietzsche y Schopenhauer, la línea de Montaigne. Dos textos canónicos, los *Ensayos* (1595, edición definitiva) y el *Discurso del método* (1637) constituirían las biblias laicas de lo que entendemos por espíritu moderno. Juntos dieron un manotazo a la idea de un dios omnímodo que organiza el destino humano. Pero hasta ahí va la similitud de pensamiento.

El profesor Jean Claude Arnould, de la Universidad de Rouen, expone una tesis interesantísima en su artículo: Montaigne detestaba lo “moderno” y en las siete ocasiones que utiliza la palabra en los *Ensayos*, lo hace de forma despectiva. Lo moderno entendido como lo “reciente” –en su acepción griega– le resultaba odioso. Para él lo reciente eran las guerras religiosas entre hugonotes y católicos que habían ocasionado la salvaje matanza de San Bartolomé (1572), que dejó en dos días cerca de diez mil protestantes muertos a cuchillo. “Mil veces me acosté en mi casa pensando que me traicionarían y me matarían a golpes la noche misma” [pág. 62]. Montaigne se refugió en los clásicos de la Antigüedad griega y romana –Aristóteles, Plutarco, Séneca– con el ánimo de huir de ese presente agobiante, sin referentes y poco “humanista”. El único momento en que manifiesta algún optimismo es con el descubrimiento del Nuevo Mundo (1492), que le dio alas para pensar que allende el Atlántico se abría una utopía donde la barbarie no era el pan de cada día –si hubiera

1 . Rubén Jaramillo Vélez, *Modernidad, nihilismo y utopía*, Siglo del Hombre Editores y Universidad de Antioquia, Bogotá, 2013.

2 . *Ibidem*, pág. 150.

FILOSOFÍA		RESEÑAS
<p>leído la <i>Breve relación de la destrucción de las Indias</i> (1552), del padre Bartolomé de las Casas, Montaigne habría reconocido lo equivocado que estaba–.</p> <p>Arnould escruta los <i>Ensayos</i> para llegar a la conclusión de que Montaigne era antihumanista, crítico de los avances técnicos y de la ciencia. Su escepticismo fundamental se distanciaba de la idea de confianza en el conocimiento que caracterizó a la Modernidad a partir del siglo XVI. El propio Montaigne lo expresaba así: “no trato precisamente de nada, sino de la nada. Ni de ninguna ciencia, sino de la incienza” [pág. 71]. Recogiendo la mirada visionaria de Jean Starobinsky sobre los <i>Ensayos</i>, Arnould concluye que ¡Montaigne es un antecesor de la posmodernidad!:</p> <p>La experiencia filosófica de Montaigne aparece, pues, como una confrontación constante con la Modernidad... La negativa de adherirse a su tiempo y la crítica vigorosa que hace de este lo convierten en un antimoderno... Sin embargo, el estremecimiento de todo lo que funda la Modernidad (fe en el progreso y en la civilización, confianza en los beneficios y la verdad de la ciencia, posibilidad de una evolución favorable) nos orienta hacia otra respuesta más sorprendente. ¿El desencanto del mundo, la puesta en duda de la autoridad y del mismo sujeto no son característicos de otra época, de otra actitud?. [pág. 72]</p> <p>Ese yo de Montaigne, que se encierra en el discernimiento de las propias opiniones, que hace pública su <i>epojé</i>, y la expone a través de meditaciones personales en un género nuevo creado por él, llamado “<i>essai</i>”, tendría su contraparte en otra visión de la Modernidad: la de Descartes. De acuerdo con lo que indica el profesor Daniël Letocha, de la Universidad de Ottawa, Descartes rompe el nudo entre filosofía y ciencia. De ese modo se distanciaría del discurso de Montaigne que le parecería: “una desarticulación extrema, con el propósito de abrirle campo a la multiplicidad de las creencias, de las costumbres y de los valores que se reúnen bajo el nombre de opiniones” [pág. 98]. Recordemos el “yo” que habla en el <i>Discurso del método</i>:</p> <p>No aceptar nunca cosa alguna como</p>	<p>verdadera que no la conociese evidentemente como tal, es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención y no admitir en mis juicios nada más que lo que se presentase a mi espíritu tan clara y distintamente, que no tuviese ocasión de ponerlo en duda. [René Descartes, <i>Discurso del método</i>, Orbis, Madrid, pág. 59]</p> <p>Ahora vayamos al “yo” tras los <i>Ensayos</i>:</p> <p>La manera más común de ablandar los ánimos de aquellos a quien hemos ofendido, cuando tienen la venganza en su mano y nos encontramos a su merced, es suscitar su lástima y su piedad dando muestras de sumisión. [Michel de Montaigne, <i>Los ensayos</i>, Acanalado, Barcelona, 2017, pág. 9]</p> <p>Letocha llama la atención de la estructura retórica que subyace a estas dos estrategias discursivas. Al sentido intertextual de Montaigne (esa polifonía característica de los <i>Ensayos</i>, con su multiplicidad de citas), se opondría la linealidad severa de Descartes, que no acepta las opiniones –o las meditaciones por muy metafísicas que sean– que no se basen en la razón científica y tengan comprobación experimental:</p> <p>Descartes no quiere esas actitudes negligentes y divertidas, ni guiños a los amigos o a los lectores, ni lecturas cursivas, que son la alegría del ocio agradable, discontinuo y ligero, y que caracterizan al letrado renacentista: Erasmo de Rotterdam, Tomás Moro, Miguel de Montaigne –entre muchos otros–, quienes se vanaglorian constantemente de acuerdo con el aristocratismo de buena ley que rechaza el trabajo metódico, al igual que todo discurso laborioso. La ciencia no es en absoluto lúdica. El espíritu cartesiano se caracteriza ante todo por ser antidiletante. [pág. 106]</p> <p>Esta, como la hemos llamado, línea Descartes de la Modernidad llegaría hasta Einstein y la física contemporánea, pues se aparta del humanismo como base de sus logros. La Modernidad, entonces, quedaría clausurada entre dos formas de pensar y organizar la realidad a través de la escritura: una literaria y propensa a la divagación, y la otra, argumentativa, pragmática, interesada en el hallazgo de saberes</p>	<p>comprobables más que en la duda o el escepticismo socrático. Sintetizadas las dos posiciones, la de Montaigne encarna el yo humanista colectivo, y la de Descartes el yo del <i>cogito</i>, individualista y despersonalizado.</p> <p>Para cerrar, hay una crítica que quiero hacer a los editores del volumen –Margot y Zuluaga– (en verdad son coordinadores que responden por la calidad de los textos incluidos en el libro). Dentro del protocolo académico se espera que escriban un prólogo que cumpla varias funciones: la primera, explicar al lector la selección y pertinencia de los autores y artículos recopilados; la segunda, hacer una disertación sobre el estado del problema; la tercera, realizar una exposición crítica en que manifiesten sus puntos de vista, arriesgándose, así estos sean polémicos, con vista a darle homogeneidad intelectual al libro que han preparado y a su vez insertar su trabajo en una comunidad académica. También faltó un índice de nombres y otro temático, que ayudaran al lector a encontrar información específica.</p> <p>En cualquier caso, hay que valorar el esfuerzo de la Editorial de la Universidad del Valle por incluir en su catálogo un libro de filosofía riguroso y de alto vuelo académico, en un momento en que la filosofía, editorialmente, se ha vuelto un campo para especuladores y divulgadores de diverso talante.</p> <p style="text-align: right;"><b>Carlos Sánchez Lozano</b></p>